

El resultado de la expedición disgustó á Velásquez: de los informes recibidos deducía que hubiera sido útil poblar las tierras descubiertas, y, aunque él había dado instrucciones de no poblar, parecióle que en este punto hubiera sido mejor que Grijalva contrariase sus órdenes. Esto fué suficiente para que Grijalva quedase perdido. Nada pudo salvarlo de la desgracia, hasta el punto de haber tenido que emigrar de Cuba á la provincia de Nicaragua, donde murió á manos de los indios, guerreando con ellos en el valle de Ulanche.¹

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 445.

CAPITULO XV.

Preparativos de la tercera expedición.—Diego Velásquez preocupado con el nombramiento de comandante de la expedición.—Se fija en Baltazar Bermudez, pero la arrogancia de éste le hace desistir.—Los parientes de Velásquez pretenden el destino.—Perdida la esperanza de obtenerlo, insinúan el nombre de Vasco Porcallo.—Vacilaciones de Velásquez.—Amador de Lares y Andrés de Duero le indican á Cortés.—Nombramiento de Cortés.—Nuevas vacilaciones de Velásquez.—Hernán Cortés sale furtivamente de Santiago de Cuba con la flota.—Asombro de Velásquez.

No obstante la molestia de Velásquez, tan injusta en el fondo, pues que Grijalva no había hecho otra cosa que cumplir fielmente sus instrucciones, no por ello se desalentó y renunció á todo proyecto de excursión y conquista. Léjos de esto, se enardeció más, y fundó lisonjeras esperanzas para el porvenir, en el avasallamiento de nuevos territorios. Aun ántes de la llegada de Grijalva, y á las primeras noticias traídas por Alvarado, ya comenizó á pensar en aprestar otra armada; y, apenas llegó Grijalva, envió á la corte al padre Benito Martín, con encargo de referir las noticias del nuevo descubrimiento, y presentar hermosos lingotes de oro, como muestra de la portentosa riqueza de las comarcas visitadas por Grijalva.

En tanto que el padre Martín emprendió su largo viaje á Europa á cumplir la misión de Velásquez, y á pedir para sí que le nombrasen abad de

la Nueva España, Velásquez dió también comisión á Juan de Saucedo de partir á la isla de Santo Domingo, y avistarse con los gobernadores, que lo eran los monjes de San Jerónimo Alfonso de Santo Domingo y Luis de Figueroa, pues Bernardino de Manzanedo estaba entonces en España. Estos tres monjes habían sido nombrados por el cardenal Jimenez de Cisneros para que, con ánimo, rectitud y prudencia, gobernasen la Isla Española, favoreciendo igualmente á los españoles y á los indios. Llevaron estos monjes poderes é instrucciones amplísimas, y por esto se creía generalmente en América que, sin licencia de ellos, no se podía sojuzgar ni poblar nuevos países. Con este objeto, pues, fué enviado Saucedo; para que impetrase de los monjes gobernadores la autorizacion necesaria para la conquista de los países descubiertos por Córdova y Grijalva. La carta de Velásquez en que pedía la autorización tuvo pronta respuesta, en la cual los gobernadores daban licencia para enviar la armada, y para mover guerra y conquistar.

Entretanto, Velásquez no se había dormido en la preparación de la nueva armada, pues, dando por cierto que se le había de conceder la facultad pedida, se había anticipado, desde la llegada de Alvarado, á reunir navíos con municiones de guerra y boca, que le costaron bastante caudal. Pero si ya dos expediciones se habían malogrado, con gran desperdicio, á su entender, de tiempo y dinero, y aún de preciosas vidas, no quería que esta tercera vez la empresa fracasase por defecto del cabeza principal. Como muchas veces acontece á los superiores, sucedía á Velásquez que mientras to-

dos veían y sabían que el mal éxito de la expedición de Grijalva más recaía en el mismo Velásquez, que había dado las instrucciones, que en el infortunado capitán que ciegamente las había cumplido, el Gobernador de Cuba todo lo atribuía á negligencia é ignorancia de los comandantes elegidos para las dos expediciones pasadas. Quería, por esto, en esta nueva ocasión, no equivocarse en el nombramiento de jefe, buscándole sagaz, entendido, intrépido y discreto; y, además, que, uniendo tan buenas condiciones, no se alzase con el mandado, sino trabajase de cuenta y beneficio de Velásquez.

Pensó primero en Baltazar Bermúdez, paisano suyo y amigo; pero éste, quizá demasiado franco y presuntuoso, en vez de recibir con agradecimiento la honra, quiso poner condiciones, y fueron ellas motivo de que Velásquez, que de sufrido poco tenía, y mucho de arrebatado y arrogante, no volviese á pensar en él. Urgíanle por su lado sus parientes para que se decidiese por alguno de ellos, tales como Antonio Velásquez Borrego y Bernardino Velásquez; mas á éstos, salvo la condición del parentesco, todas las demás les faltaban. Los veteranos de la armada hubieran preferido se les diese por jefe al mismo Grijalva; y personas entendidas indicaban á Vasco Porcallo, marinero intrépido é inteligente, pero que nunca ganó la confianza de Velásquez. Receloso éste de encontrar una decepción, y de frustrar todas sus esperanzas, ni aun quiso tomar en consideración la conveniencia de nombrarle.

Estas circunstancias de irresolución, aprovecharon habilmente el contador real de Cuba, Amador de Lares, y el secretario de Velásquez, Andrés

de Duero. Era el contador real antiguo soldado de los tercios españoles, en cuyo servicio había pasado los mejores años de su juventud: había recorrido la Italia, y, con su sagaz ingenio y espíritu finísimo, llegó á alcanzar el puesto de maestresala del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, no obstante que no sabía ni siquiera leer ni escribir. Muerto el Gran Capitán, fueron recompensados sus méritos con el nombramiento de contador real de la isla de Cuba, empleo que, por el manejo de la hacienda, le ponía en inmediato contacto con el Gobernador Velásquez. El secretario Andrés Duero había acompañado á Velásquez desde su entrada á la Isla de Cuba; se distinguía por su carácter nunca ligero ni arrebatado, sino siempre inclinado á reflexionar antes de tomar una determinación; jamás aceptaba á ciegas las opiniones ajenas, y realizaba su prudencia con discreción poco común, pues, á la par que era afable y afecto al comercio social y á la conversación, siempre guardaba el mayor sigilo respecto de aquellas cosas que debían conservarse secretas. Estos dos empleados, tan cercanos á Velásquez, se habían captado su confianza, y gozaban con él de legítima influencia. Hernan Cortés, como hombre sagaz, llevaba muy buenas relaciones de amistad con esos dos funcionarios, y se valió de ellos para congraciarse con Velásquez.¹

Treinta y tres años debía tener entonces Hernan Cortés, pues había nacido en Medellín de Extremadura el año de 1485. Nadie en Cuba ignoraba su actividad, talento y valor. Desde el año

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 447.

de 1504, cuando aun sólo contaba diez y nueve años, impulsado por su inclinación decidida al ejercicio de las armas, se embarcó en Sevilla para Santo Domingo, y, después de un viaje sembrado de riesgos y peripecias, aportó á la isla Española. Allí fué recibido con agrado por Ovando, quien lo alistó como capitán de su ejército, y aprovechó muy oportunamente sus cualidades guerreras en la campaña que siguió para sojuzgar á los indios de Baoruco, Aniguayagua é Higuey, que, algún tiempo sometidos, se alzaron contra sus dominadores, y dieron mucho trabajo y penalidades para sujetarlos. Una encomienda fué por entónces el premio de los notables hechos de armas de Cortés; pero, inquieto como estaba por la ambición y deseo de mayor gloria y honores, no desperdició la ocasión que se le presentó cuando Diego Velásquez, nombrado capitán para sujetar á Cuba, le instó para acompañarle. Allí se condujo con perfecta bizarría, y se granjeó el aprecio de todos, por sus sobresalientes cualidades. De alma ardiente, de inteligencia viva y sagaz, preveía anticipadamente los sucesos, y obraba con agilidad inaudita, de modo que todos sus soldados tenían plena fé y confianza en su palabra, y con su ejemplo los impulsaba á arrostrar toda clase de trabajos y peligros. Su amigo y superior, Velásquez, llegó á prendarse tanto de su habilidad que ningún negocio arduo ó difícil despachaba sin oír el parecer de Cortés. Pero su misma repentina elevación y privanza le crearon poderosos émulos, que se empeñaron en perderle en el ánimo de Velásquez; y aun llegaron á conseguirlo, porque este gobernante, dando oídos á sus enemigos, quiso ahor-

carle un día, aunque después, arrepentido, le perdonó y le nombró alcalde de Santiago, cuyo empleo ejercía cuando empezó á tratarse de la tercera expedición á Yucatán.¹

Supo Hernán Cortés que Velásquez andaba preocupado en escoger á la persona que debía poner al frente de la nueva empresa; pero, frescas las reyertas que había tenido con Velásquez, no se atrevía á confiar en que le diesen tan codiciado puesto. No obstante, su caracter le inducía siempre á no desesperar hasta conseguir el éxito, mezclando la diligencia inquebrantable con cierta maña, destreza y sagacidad en aprovechar las ocasiones y en valerse de los hombres adecuados para sus designios. Se propuso, pues, alcanzar la confianza de Velásquez, por medio de sus amigos Lares y Duero.

El contador y el tesorero correspondieron á Cortés en su amistad, y se propusieron desvanecer en el ánimo de Velásquez todas las prevenciones que anteriores conflictos habían hecho nacer en él. Aprovecharon hábilmente sus mismas vacilaciones, para insinuarle el nombre de Hernán Cortés como adecuado capitán de la nueva armada. Verdad era que Velásquez había tenido sus enemistades con Cortés, y aun, como hemos dicho, en cierta ocasión había querido ahorcarle, pero ya todo había pasado entre ellos, tornando á ser amigos y aun compadres. Por añadidura, Lares y Duero, que tenían ganada la gracia y afecto de Velásquez, le indicaban suave y oportunamente la conveniencia de nombrar á Cortés, y ninguna ocasión perdían de persuadirle para

Vida de Cortés en la Colección de documentos para la Historia de México,
pag. 310 y siguientes.

que se fijase en su amigo, lo cual era grande ayuda, porque tratando estos empleados constantemente los negocios con el gobernador, jamás abandonaban su propósito, y tendían constantemente á conseguir el fin que se habían propuesto.

Por otra parte, las prendas y posición de Cortés, en aquella época, concurrían para que los trabajos de Lares y Duero alcanzasen perfecto éxito. Cortés era entonces alcalde de Santiago de Cuba; había cooperado eficazmente á concluir la pacificación de la isla; y, en premio de sus servicios, le habían hecho encomendero de varios pueblos de indios. Nadie podía reducir á duda que fuese valiente, instruido y provisto de ingenio, capacidad y prudencia: de su fidelidad debía presumirse después de los últimos servicios que del gobernador de Cuba había recibido. En estas condiciones, los amigos de Cortés lograron persuadir á Velásquez de la conveniencia de su elección como jefe de la armada; pero, siempre cauteloso el gobernador, todavía quiso, antes de extender el nombramiento, tener una entrevista con el candidato, para sondear sus disposiciones. Mandó á llamarle á su casa, y, sin declararle desde luego su pensamiento de ponerle á la cabeza de la nueva expedición, conversó largamente con él acerca de los recientes descubrimientos que por aquel tiempo preocupaban mucho la imaginación de los moradores de la isla de Cuba. Discutió el procedimiento más adecuado para emprender la conquista de aquellos ignotos reinos, y aun le pidió su opinión acerca de los medios de aprestar la armada que ya tenía en vía de formación. La conferencia por ambos lados fué agradable; los interlocutores

se dieron con expansión recíprocas muestras de amistad; y así, entre afables expresiones, Velásquez llegó al punto más importante del nombramiento del jefe de la expedición. Cortés contemplaba con alegría el giro que la conversación iba tomando, pues bien cuadraba á sus miras; y, en efecto, Velásquez, después de comunicarle por extenso sus proyectos, acabó por insinuarle el deseo que tenía de nombrarle por jefe. Decíale haberse persuadido de que en toda la isla de Cuba no había persona más apropiada que él para tan delicado puesto: su valor y pericia eran indudables; y así, le repetía que sólo esperaba su consentimiento para librarle el despacho, y ponerle en posesión del elevado empleo por tantos codiciado.

Inefable fué el gozo que Cortés sintió nacer en el alma al oír á Velásquez explicarse con tanta amistad y confianza, cual si nunca hubieran estado divididos por pendencias antiguas. Él conservaba esperanzas emanadas de la sincera protección de sus amigos; pero, al ver colmados tan brillantemente sus deseos, no pudo menos que considerar que aquel favor participaba en algo de providencial, y, lleno de reconocimiento, dió gracias muy expresivas á Velásquez, conservando en lo íntimo del alma sentimientos de gratitud á Dios que le llamaba á grandes destinos.

No fué menor la alegría del secretario Andrés Duero cuando, al salir de la entrevista, Velásquez le comunicó la resolución definitiva de nombrar á Cortés: se dió prisa á extender el nombramiento, y pronto toda la ciudad de Santiago de Cuba supo que Hernán Cortés era el jefe de la armada que se apres-

taba á salir para los países recién descubiertos. Unos aplaudían, otros criticaban; y se distinguían entre los últimos, especialmente, los Velásquez, parientes del gobernador, cuyo despecho no conocía límites, juzgándose desairados en sus pretensiones. Mas Cortés, que era hombre de mundo, no se detuvo á pensar y averiguar cómo había caído su nombramiento, sino que desde luego se echó á atraerse amigos; á reclutar soldados, y á coleccionar provisiones de boca y guerra; porque, si bien Velásquez había conseguido reunir hasta nueve buques, contando con los restos de las armadas de Córdova y Grijalva, ni estaban bien abastecidos y municionados, ni los soldados estaban comprometidos, ni brillaba mucho en los voluntarios que se habían alistado, el espíritu y la disciplina militar.

La tarea no fué difícil á Cortés, pues que su carácter se prestaba. Había nacido capitán, y nada ansiaba tanto como ocasiones dónde lucir sus talentos y hacer brillar su valor. Su natural alegre, generoso y desprendido, su inclinación á regalos y diversiones, le granjeaban numerosos amigos; su palabra fácil hacía relucir á los ojos de los que le escuchaban, misteriosos tesoros en las regiones descubiertas; y, además, tenía algunas economías que había allegado de los productos de las minas de sus encomiendas, y supo gastarlas para conseguir su fin. Pronto el número de sus soldados creció, y también el de sus adeptos; que no hay cebo más fructuoso para rodearse de gente, que la perspectiva de un sol que nace. Encontró quien le diese dinero prestado, y le fiase mercancías con sola su firma; y le llovieron armas y pertrechos de guerra, provi-

siones de boca, soldados, marineros, criados y sirvientes; y como comprendía los resortes de la imaginación humana, empezó á vestirse mejor, se adornó con un penacho de plumas y una medalla de oro al cuello, y ordenó hacer un estandarte muy lujoso, blanco y azul, con una cruz roja en medio, y un mote que decía: «Hermanos, sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera que con ella venceremos.»¹

Mas en tanto que su cerebro ardía con el pensamiento de cosas altas, y su corazón palpitaba lleno de esperanzas, sus émulos no daban tregua á sordos trabajos, é intrigaban para que se le revocase el nombramiento. Velásquez, receloso de perder la gloria y utilidades de su acariciado proyecto, empezó á dar oídos á las sugerencias de los que con vivos colores le pintaban el resultado siniestro que para él tendría la expedición, puesta en manos de Cortés: le recalaban su esplendidez con sus amigos, su orgullo y vanidad; le mostraban cuán ageno era á toda sumisión, y cuán aficionado á la independencia; y de allí deducían que tan pronto como Cortés hubiese partido de la isla de Cuba, quedaría cortada toda relación de dependencia, y que su protegido acabaría por desconocer su autoridad, para atribuirse á sí solo el provecho y la gloria de la empresa. La suspicacia de Velásquez despertaba agitada é inquieta, y, comparando las inclinaciones de Cortés con sus precedentes, llegaba á desconfiar; cavilaba día y noche, y se desesperaba y arrepentía de haber pensado en él. La lucha interior que sos-

¹ Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 17.

tenía se dejó traslucir en la mudanza de su trato y semblante, y al fin pareció inclinado á separar á Cortés de su empleo, y así lo indicó á sus confidentes.

Cuando Cortés recibió aviso de la desgracia que le amenazaba, comprendió que no había para él otro salvamento sino partir inmediatamente á la expedición: y tan rápido en la concepción del pensamiento, como presto en la ejecución, no quiso demorarse un instante. La misma noche que le dieron la fatal nueva, fué con el mayor sigilo, despertó á todos sus soldados y capitanes, y los embarcó en los navíos surtos en el puerto; se dirigió luego á la carnicería, se apoderó de todo el ganado que encontró, y lo trasladó á sus buques, por más que Hernando Alfonso, abastecedor del mercado, se opuso á ello, representándole que iba á dejar sin carne á la ciudad al día siguiente.

Aunque en todo obró con grande actividad y diligencia, no pudo impedir que le cogiese el alba todavía en sus preparativos de viaje, y cuando todavía no se daba á la vela. Probablemente el carnicero Hernando Alfonso, por sincerarse de la falta en que iba á incurrir con no proveer de carne á la ciudad, acudiría á casa de Diego Velásquez, y le comunicaría lo que estaba pasando. La verdad es que Velásquez sorprendido, se levanta á prisa de su cama, cabalga, y se dirige al muelle. Otros caballeros se le reúnen, y la gente toda de la ciudad acude espantada del atrevimiento de Cortés. Velásquez, á caballo y airado, se presenta en el muelle, y contempla los buques de la armada preparándose para levar anclas; y como los buques no estaban ancla-

dos á gran distancia del muelle, Cortés, desde el puente de uno de ellos, pudo distinguir al gobernador, que descollaba entre todos sus compañeros.

Cortés, si atrevido, no quiso pecar de inurbano, y, metiéndose en un bote con artillería y soldados armados de arcabuces, se acercó á tierra á tiro de ballesta, de modo que pudiese hablar y hacerse oír de los que estaban en la playa; llevaba su vara de alcalde, y, poniéndose en pie, saludó muy cortesmente al gobernador. Velásquez, disimulando quizá su coraje, le gritó entre afectuoso y sentido: «¿Cómo, compadre, así os vais? ¿Es. buena manera ésta de despediros de mí?» Cortés, empero, sin perder la serenidad y soltura que en tantos trances le distinguió, contestó con desenfado y tranquilidad: «Señor, perdone V., porque estas cosas y las semejantes antes han de ser hechas que pensadas: vea V. qué me manda;» y, sin más decir, volvió la proa al bote, y se dirigió á su buque, dejando al pueblo de Santiago de Cuba lleno de pasmo y asombro.¹

Dió, á toda prisa, orden de partir rumbo al occidente; y así fue cómo, el 18 de Noviembre de 1518, se dió á la vela, de Santiago de Cuba, la tercera expedición que debía visitar la península de Yucatán.

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 452.—Bernal Díaz del Castillo refiere de otra manera la partida de Cortés, pues á creer su narración, se despidió de Diego Velásquez, y después de haber oído misa, se embarcó, y con próspero tiempo llegó á la villa de Trinidad: á su juicio, la disidencia con Velásquez nació después de la partida de Santiago de Cuba. Creemos más verosímil la narración de Las Casas, como más conforme con otros incidentes que todos los historiadores refieren; tal es el de haberse apoderado violentamente del ganado que había en el matadero de Santiago, á pesar de las protestas del abastecedor Hernando Alfonso.

CAPITULO XVI.

Detención en Macaca y en Trinidad.—Dos buques más se añaden á la expedición.—Severas órdenes de Velásquez al alcalde de Trinidad para prender y destituir á Cortés.—Cortés hace fracasar estas órdenes.—Partida para Habana la Vieja.

Como no estaban embarcados todos los expedicionarios, ni había mantenimiento suficiente á bordo para todo el viaje, que debía ser largo, no tuvo nunca Cortés el pensamiento de separarse de una vez de Cuba, sino sólo de Santiago, para desconcertar á sus enemigos, y con un golpe de audacia contener á Velásquez. Se dirigió, pues, á Macaca,¹ pueblo de indios, á cuyas inmediaciones existía una estancia de ganado de la real hacienda; y al mismo tiempo ordenó á Pedro González de Trujillo que con una carabela fuese á Jamaica á proveerse de carne de puerco, pan de cazabe y aves, y que luego se le uniese en el puerto de Trinidad ó en el cabo San Antonio.

Llegado Cortés á Macaca, supo que, como lo había previsto, había algunas provisiones en la estancia que, próxima á aquel puerto, poseía la real hacienda. Se avistó con el tesorero real Tamayo, administrador de la estancia, y le pidió de los puercos

¹ *Vida de Cortés*, pág. 353.—Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 452.

y aves que allí se criaban. Como el Tesorero se opusiese á su pretensión, insistió en persuadirle que debía entregar aquellas provisiones, pues las necesitaba para el mismo servicio del Rey; y porfiando el Tesorero en la negativa, le repetía Cortés que por lo menos le diese las provisiones en calidad de préstamo para devolverle otras, ó que se las vendiese al fiado, seguro de que, al volver del viaje que iba á emprender, pagaría su valor: Tamayo aparentó persuadirse con tales razones, y acabó por entregar los bastimentos. Ordenó también Cortés que todas las indias del pueblo le hiciesen pan de cazabe, y, con esta medida, pudo reunir hasta trescientas cargas de pan, y las embarcó juntamente con mil cargas de maíz que compró á varias personas.

Sacadas las provisiones que pudo obtener en Macaca, adelantó algunas naves al cabo de San Antonio, y él con las demás se dirigió al puerto de Trinidad. Todavía saliendo del puerto, se encontró con un navío que venía de Jamaica cargado de provisiones de boca, y que parecía como llovido del cielo para las miras de Cortés. Apenas se cercioró de lo que llevaba, concibió agregarlo á su armada, y lo puso por obra, aunque con disgusto del dueño, que de comerciante se veía repentinamente convertido en soldado.

Siguiendo su viaje, llegó á Trinidad, donde fué muy bien recibido: todos los vecinos salieron á darle la bienvenida con palabras de agasajo y muestras marcadas de simpatía. Correspondió Cortés de la misma manera, pero, sin perder de vista el objeto de su empresa, y sin desperdiciar un tiempo precioso, se puso inmediatamente á reclutar gente

y coleccionar municiones, armas y mantenimientos. Escribió á la villa de Sancti Spiritus instando con buenas y muy agradables razones á muy distinguidos y valientes caballeros que allí vivían, para que le acompañasen. Y como supiese que acababa de pasar por Trinidad otro buque cargado de mantenimientos, ordenó á Diego Ordáz que saliese á la mar en su busca, y, sin más requisitos, lo apresase y trajese al puerto.

Ambas cosas le salieron á pedir de boca, porque los caballeros de Sancti Spiritus no se hicieron de rogar, sino que se apresuraron á juntarse al ejército; y Ordáz en breve trajo el buque, que resultó de Juan Núñez Sedeño, á quien se ganó Cortés, de manera que no sólo dió al fiado las provisiones que llevaba, sino su buque, y él mismo se alistó como capitán en la armada. Por esto, cuando los caballeros de Sancti Spiritus llegaron, fueron recibidos con alborozo, y salió el mismo Cortés á pie, con toda su gente y capitanes, á encontrarse con ellos en las afueras de la villa, repicando las campanas y haciéndose salvas de alegría. El regocijo era justo, porque entre los caballeros de Sancti Spiritus se encontraban personas de distinción cuyo prestigio serviría de mucha ayuda: tales eran Alonso Hernández Portocarrero, primo del Conde de Medellín, Gonzalo de Sandoval, Juan Velásquez de León, Rodrigo Rangel, Gonzalo Lopez de Jimena y Juan López. En la misma villa de Trinidad se le habían unido ya Pedro de Alvarado, Alonso Dávila, Cristóbal de Olid, y otros hidalgos de nombradía, que, no obstante su holgada posición, quisieron unirse á Cortés, atraídos por las encantadoras pinturas que

éste les hacía de los provechos y ventajas que prometía la expedición.¹

Anduvo también Cortés haciendo requisiciones por todo el municipio, pero todo con tal gracia y arte, que alcanzaba lo que quería sin pagar, y, al mismo tiempo, sin enojar á los propietarios: tanto les ponderaba la riqueza é importancia de la empresa que iba á acometer, que los más, si no todos, se contentaban con documentos de futuro pago.

Cuando ya se disponía á continuar su viaje, llegaron órdenes muy perentorias al alcalde mayor de Trinidad, Francisco Verdugo, para que prendiese á Cortés, y lo desposeyese del mando de la armada. Las órdenes estaban libradas por Velásquez quien, además, escribió á varios amigos suyos, como Diego de Ordáz y Francisco de Morla, que, compañeros de Cortés, eran igualmente paniaguados de Velásquez: no obstante, Cortés tenía buena estrella, y pronto supo las órdenes severas que habían llegado. Sin detenerse en pelillos, fué en seguida y habló á Ordáz, de quien mas daño podía recibir, y le hizo ofertas y agasajos tales, que Ordáz mismo se encargó de arreglar el asunto, desvirtuando las órdenes de Velásquez. Así fué que vió á Verdugo, y, con hábiles palabras, le persuadió de la inconveniencia de cualquier paso contra Cortés; y Verdugo, que no tenía muchas ganas de complacer á Velásquez, se dejó convencer facilmente, y suspendió sus procedimientos. Todo se ajustaba á la medida de los deseos de Cortés, porque de los dos mensajeros que trajeron los pliegos contra él, uno, llama-

Vida de Cortés, y Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 18.

do Pedro Lazo, ni aun volvió á dar respuesta de su comisión y se unió á las huestes de Cortés; de manera que uno solo de los mensajeros hubo de volver á Santiago con la respuesta del alcalde, en que se excusaba ó representaba por no haber cumplido las órdenes del gobernador. Aprovechó Cortés este correo para escribir á sus amigos, y dirigir una humilde y sometida carta á Diego Velásquez, en la cual mansa y amorosamente le reiteraba sus protestas de sumisión y amistad, y su propósito inquebrantable de servirle como fiel subdito: aun se quejaba amistosamente de que hubiese podido abrigar sospechas de su fidelidad, y concluía suplicándole que no diese oídos á las interesadas sugerencias de sus enemigos.

Despachada esta carta, tan preñada de astucia, se apresuró á embarcarse para la Habana: no el actual puerto, que entonces aun estaba poco poblado, y se conocía con el nombre de Puerto Carenas; sino otro que llevaba el mismo nombre, y que estuvo ubicado en la costa sur de la isla de Cuba, en el golfo de Batabanó, y junto al arroyo de Bija ú Onicajinal.¹

¹ Don Justo Zaragoza, *Adiciones y aclaraciones á la Historia de Guatemala*, tomo II, pág. 244.—*Vida de Cortés*, fragmento anónimo, pág. 535.

CAPITULO XVII.

La embarcación de Cortés se vara en unos arrecifes.—Retardo en llegar á Habana, la Vieja.—Bandos en la armada.—Llegada de Cortés.—Recibe carta de Velásquez.—Ordaz intenta prender á Cortés.—Fracasa en su designio.—Cortés sale de Habana la Vieja, para el cabo de San Antonio.

Todos los buques seguían el derrotero marcado; pero en la noche, se perdieron de vista recíprocamente, y el buque de Cortés encalló en unos bajos. Con este accidente, se atrasó mucho, y todos llegaron ántes que él á la Habana. Llegó Pedro de Alvarado con algunos soldados que había despachado por tierra;¹ llegó Juan de Escalante de la banda del norte; llegaron, por fin, todos los demás buques, y el de Cortés no parecía, ni se tenía noticia de él. Se le creía ya ahogado ó naufrago: las divisiones fermentaban, empezaban á nacer aspiraciones á sucederle, y ya se diseñaban diversos bandos, proclamando á éste ó á aquel caudillo, cuando por fortuna se avistó su buque. En efecto, había estado en grave riesgo de perderse; mas quiso su buena suerte que saliese sin daño de aquel atolladero, y, lo que es más, que llegase siempre oportunamente á la Habana; porque apenas había arribado á este puerto, y aposentándose en casa de Pedro Barba, alcalde mayor, cuando llegó un mensajero de Velás-

¹ Bernal Díaz, *Conquista de Nueva España*, capítulo 23.

quez llamado Gaspar de Garnica. Trajo una carta para Cortés, acaso respuesta de la que éste había puesto á Velásquez desde Trinidad: en ella, le rogaba el Gobernador amigablemente no saliese á la expedición, sino que le aguardase en la Habana, porque quería conferenciar con él sobre cosas de grande influencia para el buen éxito de su viaje. Otra carta trajo para Diego Ordaz muy secreta, en que Velásquez le ordenaba que prendiese á Cortés, y detuviese la salida de la expedición. Las órdenes de Velásquez eran terminantes, y esta vez Ordaz estuvo inclinado á obedecerlas; mas las circunstancias habían cambiado, y la autoridad y dominio de Cortés se había acrecentado de tal manera, que todos á porfía le mostraban adhesión, y parecían satisfechos de que fuese su jefe. No era, pues, fácil desafiar su poder frente á frente, y más conociéndole todos hombre valiente y esforzado, no menos que listo y sagaz para cualquier evento.

En vista de esto, no quiso Ordaz aventurarse á ejecutar la prisión abiertamente, é imaginó tenderle una red, pensando que en ella sin duda caería; pero no contaba con la perspicacia del hombre con quien trataba. Avisado y penetrativo por naturaleza, tenía además en esta ocasión, la ventaja de haber sido prevenido de la trama que contra él se urdía: Bartolomé de Olmedo, su capellán, había recibido carta de otro fraile amigo suyo de Santiago de Cuba, en que le comunicaba sigilosamente las órdenes trasmitidas por Velásquez á Ordaz.

Cortés había festejado mucho la llegada de algunos capitanes más que se le habían unido, y, aprovechando esta circunstancia, Diego de Ordaz juzgó

el momento oportuno para apoderarse de Cortés. Con este objeto, preparó á bordo de su buque un banquete magnífico, y lo dedicó especialmente á Cortés. Todo lo dispuso con magnificencia y esplendidez, como que se trataba de festejar al jefe de la armada, que ya entónces se daba aires de gran señor, y no recelaba de ostentar su autoridad, si bien, acompañada de cierto donaire y benevolencia que á él sentaba perfectamente, y á todos satisfacía. Fueron convidados todos los jefes del ejército y la marina, los funcionarios de la ciudad y los hombres más prominentes de la pequeña población; y para honrar más á Cortés, se ideó nombrar una comisión de personas notables, que, el día del convite pasase á casa de Cortés, y le acompañase con músicas, en un bote empavesado, para trasportarle al navío en que debía celebrarse la fiesta.

Cortés, ya prevenido, tuvo noticia del banquete y de sus espléndidos preparativos; midió discretamente sus palabras, y nadie pudo sospechar que él supiese lo que se tramaba; al contrario, alentaba el entusiasmo para la fiesta, se mostraba muy contento de ella, y no ocultaba la satisfacción que decía sentir por los homenajes que se le rendían: Ordaz se gozaba ya con el éxito que había de coronar su trabajo, y se aplaudía interiormente de lo bien combinado de su celada. Llegado el día y la hora del banquete, comenzaron las músicas, se avivó el alborozo, y el entusiasmo casi no tenía límites, porque la ciudad toda había tomado parte vivamente en la fiesta. Los comisionados nombrados para acompañar á Cortés tenían listo ya el bote junto al muelle, y se trasladaron á su casa para invitarle á

embarcarse. Cortés los recibió con noble finura, mas, deshaciéndose en mil excusas, expresó que le había acometido repentina indisposición de estómago; que agradeciendo sinceramente el obsequio, y con infinitos deseos de asistir, se veía imposibilitado de concurrir á él, por su inesperada desazón. El bote llevó á los comisionados; pero no á Cortés.

Muy contrariado quedó el Capitán Ordaz; pero ocultó su sinsabor, y celebró la fiesta como pudo.¹ Al día siguiente, recibió órdenes de Cortés de adelantarse con su buque al Cabo de San Antonio, y, con los que allí estaban, esperar el resto de la armada para navegar en conserva hasta Cozumel. Ordaz nada pudo hacer sino obedecer, avergonzado dentro de sí mismo de haber fracasado en su intento, que creía completamente ignorado de Cortés. Este, á su vez, si bien quería alejarlo de su lado en aquellos instantes, no quería pelear abiertamente con él, ni privarse del auxilio suyo y de sus amigos en la lejana y riesgosa empresa que iba á acometer. Le conocía entendido capitán, valiente soldado, y su cooperación nunca podría ser despreciable, fuera de que un conflicto con Ordaz le hubiera criado tropiezos graves en su propósito de partir inmediatamente de Cuba. Por esto disimuló cuanto pudo, y, libre de Ordaz, le fué posible hacer que todos los planes de sus enemigos fracasasen.

Conocedor de los hombres y del corazón humano, procuró dar gran realce á su persona y casa, tratándose como hombre noble y rico, nacido en brocados; pero, al mismo tiempo, en sus relaciones

¹ *Vida de Cortés*, pág. 355.—*Las Casas*, op. cit. tomo IV, pág. 457.—*Herrera*, *Década* II, pág. 82.

omitía toda altanería y afectación, hablando á todos con naturalidad y sencillez, mostrándose afable, ofreciendo dádivas, recompensas y honores, y prometiendo riquezas, tierras y haciendas en las comarcas que iba á conquistar.

La perspectiva de un porvenir lisonjero, la ambición despertada, las conversaciones sagaces de Cortés, le hacían popular, y embotaban todos los dardos de Velásquez. Las órdenes de éste, como en la villa de Trinidad, no fueron cumplidas ni por el alcalde Pedro Barba, ni por los parientes y amigos del Gobernador; todos se deshicieron en excusas, pero nadie fué osado de prender á Cortés. Por otra parte, éste, si bien firme en acelerar su partida, evitaba toda apariencia que pudiese hacer sospechar que sería desleal en el cumplimiento de su encargo. Escribió una muy sentida carta á Velásquez, en que, con buenas y agradables palabras le prestaba acatamiento, y le comunicaba que al otro día se daría á la vela.

Así lo hizo: salió el 10 de Febrero de 1519 de la villa de San Cristobal de la Habana, en la costa del sur de Cuba, y fué á reunirse con Ordaz y los otros compañeros que le esperaban en el pueblo de Guaniguanico, ubicado en el cabo de San Antonio. La flota se componía de once buques, y á su bordo iban ciento diez marineros, quinientos cincuenta soldados, doscientos ó trescientos indios é indias embarcados clandestinamente para el servicio del ejército, varios negros, y veinticuatro caballos. Iba por jefe de la expedición Hernan Cortés, y por capitanes de las once compañías en que dividió su ejército, Alonso de Avila, Alonso Fernández Portocarre-

ro, Diego de Ordaz, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salcedo, Juan de Escalante, Juan Velásquez de León, Cristobal de Olid y Escobar. ¹

¹ Francisco López de Gomara, *Conquista de México*, pág. 301.